

Un movimiento de estupor sacudió á todos los marineros.

—¡Seréis asesinos! Si no hacéis lo posible para salvarle, le perderéis voluntariamente. No cometáis un crimen. Yo voy á tocar la campana; si queréis impedirme, tendréis que matarme.

—¡No tocarás!... Vamos á encerrarte.

Y dos minutos después se hallaba en el camarote del piloto. De pronto se le ocurrió una idea: ante el tragaluz se balanceaba una cuerda que, pasando bajo el empalmetado, debía terminar sobre el puente. En seguida, ágil como un gato, se deslizó por la estrecha abertura, agarró el cabo y trepó por él. Poco después estaba en el puente; encendió los faroles, y precipitándose hacía la campana, empezó á tocar. Y cuando los marineros corrieron al puente, les gritó:

—¡Matadme si queréis!... Necesitáis matarme si pretendéis impedir que toque la campana.

—Dios lo ha querido—dijo entonces el contramaestre.—Este pilluelo nos salva, quizás, de un remordimiento que nos atormentaría toda la vida.

Cuando una hora después llegó Le Gall



á la *Marinette*, gritó con verdadera emoción:

—¡Gracias, muchachos! Me habéis salvado... Sin el sonido de la campana y la luz de los faroles, estaba perdido... Desde ahora os aumentare la paga, y en adelante trataremos de ser mejores amigos.

La tripulación permaneció silenciosa y avergonzada. De pronto, el contramaestre tomó brutalmente la palabra:

—Patrón—dijo—nosotros no hemos merecido nada. Si de nosotros hubiera dependido, usted no hubiera vuelto... ¡Volviera el viento! Ahora haga usted lo que quiera.

—¡Haré lo que he dicho.

Y volviéndose hacia Ivón, le dijo:

—¡Dame un abrazo, pilluelo!

Juan Le Gall cumplió su promesa y su tripulación fué muy dichosa en lo sucesivo, tanto, que cuando al año siguiente apareció la *Marinette* en los mares de Islandia, ni un solo nombre se había cambiado en el rol; pero Ivón, el grumete, se había convertido en el marinero Ivón, y se condujo siempre como un hombre de honor.

A. BAILLY.

ANECDÓTICAS

SILENCIO.—Una señora de 90 años deca á Fontenelle, que tenía entonces 95: —¡Seguramente, la muerte se ha olvidado de nosotros! —¡Chís...!—repuso Fontenelle con un dedo sobre los labios.

DOS FRASES.—Pedro Luis Manuel, procurador general de la *Comune*, de París, fué el encargado de anunciar la pérdida de su trono á Luis XVI, prisionero en el Temple.

Lo hizo con estas palabras:

—Ya no sois rey. Esta es una buena ocasión para que os convirtáis en ciudadano.

Y añadió estas otras:

—Podéis consolaros, porque la caída de los reyes está tan cercana como la de las hojas.

Era en fin de septiembre.

UN PRESTAMO.—La tragedia que escribió Voltaire, imitada de Sófocles, "Electra", fué rechazada por el público el día de su estreno.

Voltaire, que entre bastidores asistió al fracaso, dijo á uno de los actores:

—He prestado mi cara á Sófocles para recibir las bofetadas.

EL PRECIO DE LA VOZ.—La famosa cantante La Gabrielli pidió 5.000 ducados á la emperatriz de Rusia por cantar durante dos meses en su corte.

—¡Cinco mil ducados!—dijo asombrada la emperatriz.—Yo no pago ese sueldo más que á algunos de mis feld-mariscales.

—Entonces—repuso La Gabrielli—canten vuestros feld-mariscales.

No hubo más remedio que pagarle lo que pedía.

LO IMPOSIBLE.—Se cuenta de la misma cantante que se negó á trabajar un día que estaba anunciada, y como le dijeron que se la obligaría, contestó:

—Es imposible... Que me encarcelen, que me castiguen, que me maltraten. Podrán hacerme gritar, pero no cantar.

LOS HOMBRES.—Malherbe presumió un gran desprecio por el género humano que no se recataba de demostrar.

Una vez, después de explicar la muerte de Abel, dijo, firme en su tema:

—Entonces no había más que tres, cuatro hombres, y uno de ellos mató á otro, que era, además, su hermano. ¡Vaya un debut!